

**TEATRO
DE LAS
NACIONES**

**ODETTA,
VOZ
DE LOS
NEGROS
U.S.A.**





ODETTA llegó a París el mismo día de su actuación. Le acompañaba un músico, también negro, y su director artístico. Habían alquilado un aparatoso Cadillac que les esperaba en el aeropuerto. Se fueron en seguida al Recamier. Ningún signo —aparte el Cadillac— de vedette. Y aun ése no cuenta porque casi estoy seguro que fue cosa del director artístico. En el teatro, ensayo de luces y micrófonos. En una hora, todo listo. Luego, el músico dice: «Me he dejado el contrabajo en Nueva York. No valía la pena traerlo.» Situación difícil que resuelve la Opera de París. Llega un contrabajo y Planson, el director del Teatro de las Naciones, se tranquiliza.

Odetta es una mujer gruesa, de edad indefinida. Tiende la mano con firmeza. Se comporta con una gran sencillez. Yo diría que está dispuesta a que nadie la tome por una actriz al uso. Ella ha ido a París a otra cosa.

Lo vimos muy bien por la noche, ante una sala llena de público. Odetta lleva un traje estampado, algo chillón. Antes de cantar dirige unas palabras al público. Cuando termina su primera canción, nos cuenta lo mal que lo ha pasado durante el viaje. Durante toda la noche busca medios de comunica-

ción con el público que empasten el recital, que le den la unidad humana y estética. No es una «cantante negra» lo que tenemos delante. Es Odetta, una mujer concreta, nacida en Alabama, e intérprete de las canciones de su raza. A veces, gasta bromas; cuenta, por ejemplo, que en el avión se encontraba muy indisputada y que el médico le recetó por cable una aspirina. Para justificar el descanso, Odetta pide permiso para fumar un par de pitillos.

En ocasiones se pone sentimental. En otras, dura, firme: «Esta canción no siempre puede cantarse en los Estados Unidos.» O: «Este es el verdadero himno de mi país.» Y canta un himno cuya estrofa reiterada viene a decir: «Sí, es un país donde la mayoría son blancos y donde gobiernan los blan-

cos, ¡pero también estamos nosotros, los negros!»

Odetta es una mujer que perpetúa las más viejas tradiciones juglarescas. Canta el «John Riley». Las imágenes me recuerdan el aroma y aun versos concretos del romancero:

*Un caballero que pasaba
junto a una niña
le preguntó: «Muchacha
¿me aceptarías por marido?»*

*—No, le respondió.
Mi amante
embarcó hace siete años
y sé que un día regresará.*

*—Pero ¿y si ha muerto en la guerra?
¿si se ha ahogado en el mar?
¿si ha encontrado a otra mujer?*

*—Si ha muerto en la guerra,
al acabar la luna, moriré.
Si se ha ahogado en el mar,
le recordaré siempre.
Si ha encontrado a otra mujer,
deseo de corazón que sea feliz
allí donde se encuentre.*

*El caballero tomó entonces a la muchacha
y la cubrió de besos,
diciéndole: «Amor mío, ven,
yo soy John Riley, el que se fue
hace tanto tiempo.»*

Quizá la letra, leída fríamente, separada de su contexto musical y humano, no sirva para aproximarnos a la figura de Odetta. **SIGUE**

JOSE MONLEON



Ay... ay... ay!
...si tu
mamá
no tiene
una
Balay!

DEF. PUB. BALAY

Cada niña no cabe duda tiene su angel protector

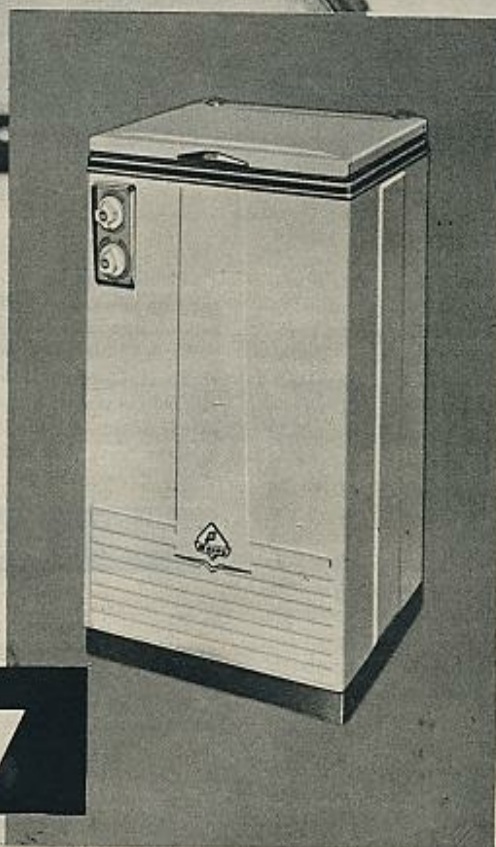
A pesar de ello, cada niño comete sus pequeñas "diabluras", que se traducen, casi siempre, en grandes manchas sobre sus blancos y delicados vestidos.

Admitamos que no entra dentro de la "jurisdicción angelical" el vigilar y evitar esas travesuras. Cada mamá debe arreglárselas con su bebé (que es tanto como decir que cada mamá se las apaña lavando) y cuando este caso llega -porque llega siempre-... ¡Ay... ay... ay... si la mamá no tiene una Balay!



LAVADORAS

Balay



DELEGACION **CENTRO:** - Canillas, 44 - Tel. 246 48 24 - MADRID

O quizá sí. Yo recuerdo muy bien su rostro concentrado, su dicción emotiva, su voz pastosa, su silueta negra bajo el foco cenital del Récamier. El público aplaudía y aplaudía.

Traía una larga cadena.

Traía una larga cadena.

Traía una larga cadena.

*Una noche, en que estaba tendida sobre
y brillaba la luna, [mi cama,*

un hombre se acercó.

Llevaba una larga cadena

que arrastraba tras de sí.

Hacia un ruido horrible;

Ceñida a su cuerpo

la arrastraba por el suelo.

Llevaba una larga cadena,

una larga cadena.

Yo estaba en pie, junto a la ventana.

Me dijo:

«¡Estoy cansado y tengo hambre!»

Y no tenía el aspecto de un ladrón,

ni de un criminal;

su voz era dulce como el claro de luna,

su cara estaba llena de dolor.

Llevaba una larga cadena,

una larga cadena.

Fui a la cocina,

cogí carne

y bizcochos

que le di para comer.

Estaba cansado y hambriento,

pero su rostro brillaba.

Inclinando la cabeza bajo la luz de la luna,

me dio las gracias.

Llevaba una larga cadena,

una larga cadena.

Cogí el martillo, las tenazas,

dispuesta a liberarlo.

Me miró y dijo dulcemente:

«Es mejor dejar las cosas como están.»

Al terminar su comida,

me dio las gracias varias veces.

No he vuelto a verlo desde entonces,

pero siempre oigo arrastrarse su cadena.

Llevaba una larga cadena,

una larga cadena.

La última noche fue inolvidable. Después de sus dos horas de programa, añadió siete nuevas canciones. Leyó los telegramas de los empresarios que le ofrecían una gira europea de varias semanas. Odetta dijo que no podía aceptar ninguna de las ofertas. Que había estado tres días en el Teatro de las Naciones porque lo consideraba un gran honor para ella, una artista de los Estados Unidos. Pero que debía volver. Tenía ya ganas de ver a su familia. De volver a ese mundo donde la cultura negra va abriéndose paso lentamente.

Pienso que después de oír a Odetta se sacan conclusiones muy precisas sobre el problema racial de los Estados Unidos. No en ese aspecto fastidioso y estadístico a que a menudo lo reducen las demagogias de uno u otro bando, asegurando «que ya no existe el problema» o «que existe más agravado que nunca». Me refiero a su dimensión humanizada, pesante, cálida. Al contacto con la gran vivencia colectiva de donde sale el dolor, la protesta y la dulzura de esta magnífica Odetta, una de las grandes artistas internacionales y auténticas de nuestra hora.

